EL CUERPO INCORRUPTO

Los publicitarios —ella y su traje liviano, el barbas, el argentino del bigote monstruoso, el jefe— dudaron ante la puerta de herradura (aunque ya intentaban deslizarse en la bodega): sudorosos, se agitaban ante el agradable frescor apenas presentido. El campesino volvió la espalda y el grupo entró en las tinieblas. Cuando todos aún no se habían familiarizado con la humedad (llegaba el resplandor del día por un tragaluz), el campesino dijo: «Aquí se crían los mejores vinos de la comarca.» Y añadió: «Van a ver ustedes lo que es un vino vino.» El barbas se detuvo con mucho interés ante la inscripción de una bota de vino que colgaba de un clavo: la juzgó indescifrable y volvió a su mutismo ausente.

Ella, Olga, se sentó en un taburete de los que se usan para ordeñar vacas. Cruzó las piernas, chap y los estilizados muslos de modelo brillaron en la oscuridad. «Van a probar ustedes el mejor vino que hayan tomado en su vida», agregó el campesino, que no abandonaba su tono lúgubre (e hizo un gesto ambiguo, como para convencerlos). El argentino —su increíble bigote aparecía ahora como el tallo de una leguminosa en su piel tirante— recordó en aquel instante de vago hastío aquella época lejana en la que él y otros compañeros de Escuela Preparatoria —eran universitarios y todavía creían en la redención de América— se fueron en la tienda de campaña a la Patagonia. Tiempos hermosos en los que un amor impuro, un ideal socialista o la mismísima rebeldía en el pecho fiero los llevaba al contacto inútil con una tierra, con una historia (una tarde, en la pampa, entraron en un poblado en el que respiraron una humedad como la de la bodega).

El jefe, cuarenta años, calva de payaso, cuello de rinoceronte, dentadura bien conservada, blusón azul celeste por cuyo cuello asomaba una mata de pelos rubia, se tocó la nariz y dijo: «No se puede figurar usted —y miraba al campesino, que sacaba vasos de una alacena, limpiándolos con un trapo— lo que nos apetece este vino.»

Luego volvió hacia ellos, en cierto sentido físicamente juntos. El campesino habló con su voz de ultratumba: «Aquí está el famoso vino de Caballar de los Reyes.»

Los publicitarios se agitaron otra vez (sólo la chica no se movió) ante los vasitos de vino negro: una urgencia o un furor incontrolado los hacía sonreír. El barbas —un intelectual de tertulia, que había sido becado en los Estados Unidos y que allí jura y perjura haber besado a la hija de Gary Cooper; que había querido ser escritor en su juventud— levantó el vaso y dijo cáustico: «El vino, una de nuestras glorias, ¡viva España!» El jefe bebió su tercer vaso y se acercó, gesticulando, por las sombra, hasta Olga, para ofrecerle el vino (había querido, en otro tiempo, acostarse con ella, sin conseguirlo, y por eso la temía, con el miedo de los poderosos ante el incomprensible corazón de los vencidos). «No, gracias», rechazó Olga, que ahora tenía frío (el cansancio había huido de su cuerpo) en la umbría bodega. El argentino, justo debajo del tragaluz, chupaba con la lengua las gotitas de vino castellano que había quedado en su mostacho (que ahora semejaba una rata muerta).

Olga de pronto tuvo miedo; olía a hierba mojada en la niñez de sus recuerdos. En un punto de su vida había estudiado secretariado. Oficina. Ventana. Teléfono. Teclear de la máquina de escribir. A la salida, besos agrios en las piernas azuladas de un parque que olía a letrina. «Qué raro —dijo el campesino— que aún el señor no haya llegado.» Estas consideraciones le oprimían un poco al jefe, que pensaba en la cuenta de los vinos de Caballar de los Reyes.

El barbas, que sentía un mareo progresivo del cuello hacia los dientes («al fin y al cabo, qué importa emborracharse»), preguntó al campesino por la utilidad de una especie de pipa de cristal que estaba encima de un tonel. Olga, de pronto, bebió por primera vez (¿quién le hubiera dicho a ella, sentada ante la mesa camilla de una familia adusta de auxiliar administrativo de ínfima categoría que aquellas piernas blanquecinas que llevó en la niñez, protegidas por polainas al por mayor, habían de ser deseadas por todo un país?) aquel zumo agrio de altos grados, que ahora hacía tambalear al jefe.

El argentino bebía taciturno, sentado en otro taburete que había encontrado (como murciélagos, ya se habían acostumbrado a la oscuridad). El argentino murmuró: «Aquí falta un transistor.» El campesino también bebía: era como si por unos momentos de aquel furor, de aquella vieja frustración, pudieran participar dos mundos irreconciliables. «La publicidad ha de ser científica», decía alguien, mientras el barbas, redactor desde hacía tres años, copy, *según el decir de los directivos, deseaba acariciar una pierna a Olga.*

El campesino bajaba los ojos, mientras sus rosadas manos de tierra —las cuales miraba Olga en aquel momento— perdían dimensiones como, cuarenta años antes, sus cuerpos de rapaces sin pan se habían desdibujado con el paisaje. Dijo una voz campanuda: «Cuando hicimos la campaña de cigarrillos "Timonel" no hubiéramos conseguido nada sin un conocimiento del mercado, vaya.» Borrachos, salieron fuera.

En la luz del sol llegó, por un caminito que se hundía en el secano, un hombre a caballo. Los publicitarios parpadearon embrutecidos por el vino de Caballar, deslumbrados por el día caluroso. El caballo relinchó, caracoleando ante el «Dodge Dart». El caballo se detuvo ante la pared de cal y de él descendió un hombre joven, peinado a lo Rodolfo Valentino. Saludó al jefe, lo abrazó. «Tu vino —dijo el jefe, como blasfemando— es la puñeta; un poco más y nos encuentras tirados en el fondo de la bodega.» El peinado como Rodolfo Valentino sonrió enigmáticamente mirando a Olga, que estaba de pie, con el bello rostro agotado, una mueca en la boca grande, triste, hermosa. Un mozo sucio, con un tic nervioso que golpeaba su cabeza mongólica, salió a resguardar el caballo. El jefe y el jinete se retiraron a cavilar. El barbas, el argentino —que había sido poeta y escrito una larga oda a los gauchos cuando tenía diecinueve años y estaba borracho— y Olga subieron al «Dodge Dart».

«¿Qué es esto, buitres?», preguntó el barbas, asomándose por la ventana y divisando unos pajarracos negros que salían del resplandor. Olga conectó el aire acondicionado. Los dos dueños se acercaron. «Braulio, suba», dijo el como Rodolfo Valentino al campesino de la bodega, que había salido detrás de un pozo (se tocaba con una boina ahora). El como Rodolfo Valentino gritó: «Dionisio», y acto seguido surgió del cortijo el oligofrénico con el caballo. El dueño de la agencia puso el motor en marcha: runrunrún. El como Rodolfo Valentino pegó un brinco, saludó desde la grupa y se perdió en el llano infinito. Olga, junto a Braulio, había cerrado los ojos. El «Dodge» arrancó. Pasaban árboles. «Aquí mataron en la guerra a una quinta», pensó Braulio al cruzar unos cerros. «Vamos —dijo el jefe acariciando el volante— a visitar el monasterio de Santa Gadea, que data de los tiempos de Alfonso X el Sabio». Callaban, soñolientos, los publicitarios, que estaban más para dormir la siesta que para visitar claustros silenciosos.

En uno de estos claustros —el jefe y el como Rodolfo Valentino charlaban, con el abad, en el huerto— les asaltó un monje de ojos pardos y nariz de pájaro: «Seguro que no quieren ver ustedes a fray Segundino de Monóvar.» «¿Qué le pasa», dijo el barbas un tanto brus-

camente. «Murió hace cinco siglos —contestó, moviendo el austero mentón, el monje— y se conserva incorrupto.» «¿Dónde?», dijo el argentino. Entraron en una pequeña sala. El fraile, en realidad, los empujaba. Encendió una débil luz, pues la pieza carecía de ventanas. Los publicitarios se aproximaron poco a poco. El fraile levantó el brazo del muerto. «Pero toquen, toquen», dijo casi airadamente el monje, mirando hacia los invisibles publicitarios, que él apenas si distinguía en las sombras. Pero nadie se movía. «Toquen», repitió irritado el religioso. «Testimonio de la omnipotencia de Dios, señora», dijo el monje a Olga, la única que se había asomado al féretro: la chica había tocado la mano rígida del muerto, como para apresar desesperadamente la ilusión perdida.

JAVIER DEL AMO

Chile, 14
MADRID-16